

sante contra la mediocridad, la costumbre y el error.

Los diarios antisemitas y patrioterros han arrojado ahora sobre su cadáver un aluvión de injurias. Uno dice «que ha sido necesaria la muerte para recordar al público ese nombre de Zola que se hundía todos los días un poco más en las tinieblas del olvido». Otro añade que: «parece que Zola se dió cuenta al fin del horror que inspiraba á todo el que tenía un corazón francés. Poco á poco se retiró de la batalla, y el público, que se alejó de él, no leía las elucubraciones fastidiosas, pretensiosas é interminables que publicaba bajo el título de novelas».

Y otro corrobora que «debemos esperar que los odios que suscitó desaparecerán con él y que la tumba encerrará para siempre el cuerpo de Zola y los últimos vestigios del asunto Dreyfus: será el primer servicio que habrá prestado á su país». ¡Pequeñas miserias humanas! Siempre encuentran los grandes hombres la principal resistencia en su propia nación. Parece que la tierra en que nacieron, lejos de agradecer la gloria que ese hijo le procura, rechaza el valioso presente y se ensaña contra el triunfador.

Pero si cierta categoría de franceses, una minoría apasionada niega á Emilio Zola su pedestal y sus méritos, el conjunto del país y el mundo todo saludan en él al gran pensador que comparte con Hugo el imperio del siglo. Y ante ese cadáver glorioso que atravesará mañana las calles de París entre el respeto y las lágrimas de millares de partidarios y de amigos, el universo se descubre; porque Zola fué el grito del porvenir, la primera claridad del

alba de fraternidad social y de justicia.

Septiembre 30 de 19**

Como una enorme serpiente formada con hormigas, el cortejo de sabios, de escritores, de artesanos, de mujeres y de niños comenzó á subir la cuesta empinada, desde el centro de la ciudad hasta el arrabal lejano, escurriéndose entre las dos hileras de casas, cuyos balcones desbordaban de curiosos. Por sobre el mar de sombreros oscuros, surgían y resaltaban las coronas rojas que conducían los grupos revolucionarios. Un gran silencio envolvía á aquella multitud en marcha. Ni un grito, ni una voz... Solo de largo en largo, cuando un brusco remolino la crispaba, se levantaba de ella un rumor sordo, como el ruido de un mar... La policía la rodeaba y la ceñía *como un anillo de voluntad* en los límites estrechos del bulevar, amontonando á las gentes las unas sobre las otras para impedir que inundaran las calles adyacentes. ¿Hacia dónde se encaminaba esa columna de silencio y de dolor? Se hubiera dicho que hacia la gloria, capitaneada por un cadáver. Era el entierro de Zola.

* * *

Si la tarea del que escribe consistiera en corear los errores en auge, si la pluma fuera un útil para hacer genuflexiones ante la opinión, valiera más renunciar á toda tentativa de pensamiento.

La pluma no es un expediente para satisfacer vanidades, sino un instrumento para obrar sobre la vida.

MANUEL UGARTE

La voz del pueblo

Fuimos la enorme y funeral canalla,
la que en los vastos campos de batalla
derrama delirando su heroísmo
para que triunfe el rey que la avasalla
y viste su rencor de patriotismo;
fuimos la enorme y funeral canalla
que ofrece su sonrisa á la metralla.

Fuimos la multitud ciega y vencida
que de los campos y de los bosques cuida;
la que en los rudos llanos sin desdoro
para engordar al grupo que la olvida
prepara el fruto y las espigas de oro;
fuimos la multitud ciega y vencida
que muere de hambre y que reparte vida.